

mo, y á las que ellos iban á civilizar por medio de la emancipacion.

Aquellas tribus, errantes hasta entonces, que estaban dispuestas á aceptarlo todo de mano de los Padres, fundaron en el mismo sitio, testigo de la entrevista, la primera reduccion del Paraguay, cuna de las demás á quienes servirá de modelo. Esta reduccion tomó el nombre de Loreto, en memoria de la Virgen, y como por una especie de homenaje tributado á la Madre de Jesucristo. Empezáronse á erigir casas como por encanto; pero, superando todas las previsiones el inmenso número de indios que se presentaban todos los dias, se vieron precisados á crear otra nueva, á la cual por un sentimiento de gratitud pusieron los Guaranis el nombre de San Ignacio. Los discípulos de este protegian la libertad; y sin embargo de ser europeos se oponian á las crueldades de los suyos, y les hacian conocer los dulces lazos de la patria y de la familia. Los salvajes comprendieron tanto desinterés, y se asociaron tan perfectamente á él con su confianza, que en este mismo año de 1616 fundaron dos nuevas reducciones.

Los Jesuitas realizaban en éstas comarcas tan estupendos milagros de civilizacion, y ejercian tan grande prestigio, que ninguno de ellos retrocedió ante la idea de formar una república que, en su concepto, debia recordar al mundo estupefacto los hermosos dias del cristianismo naciente. Y este sueño y esta ilusion, cuya fantasía no hubiera osado concebir un monarca, intentaron realizarlo algunos pobres sacerdotes sin otras armas que un Crucifijo de madera, y sin otra fuerza que una perseverancia á toda prueba. Todo les era contrario y hostil; tenian que vencer y dirigir á unos bárbaros inconstantes, de carácter indócil, y cuya limitada razon solo en algunos momentos tenia en cuenta los sacrificios hechos en su favor. Y no era, sin embargo, de parte de aquellas tribus viciosas por instinto de donde aguardaban los mas fuertes obstáculos. Los españoles suscitaban otros mas duraderos, unas veces con su avaricia, otras con las intrigas de toda especie que aquella evocaba. Los traficantes europeos no habian renunciado á su patria con el *santo fin* de hacer felices á los salvajes, puesto que les importaba poco que fuesen cristianos ó dejasen de serlo, con tal que llegasen á formarse una fortuna colossal. Una vez lanzados á aquellas costas por la ambicion, solo aspiraban á separarse de ellas cuanto antes para pasar á España á

disfrutar del fruto de sus depredaciones; ó si consentian en establecerse en aquellas regiones, era solo con el objeto de basar su pujanza futura en el embrutecimiento de los indigenas. Semejante estado de cosas era un manantial de desórdenes; pero hablando el deber mas altamente en el corazon de los misioneros que todos estos temores, se lanzaron á la palestra para poner un término á semejantes abusos, granjeándose, por consiguiente, numerosos enemigos, cuyo furor no podria menos de aumentar una ocasion cualquiera. Como las primeras tentativas de los Padres habian sido coronadas con un éxito feliz, á pesar de haber apoyado la administracion civil y militar todos estos abusos, avanzaron cuanto les fue posible en la via de las mejoras sociales que se habian trazado, sin inquietarse por las inculpaciones de que iban á ser víctimas. Conocian el bien al paso que trataban de consumarle con reserva, y dejando á la experiencia el cuidado de vindicarlos.

La experiencia, empero, vino demasiado tarde como la justicia humana; mas entre tanto los Jesuitas se ocupaban en organizar las cristiandades. Enseñaban á los indigenas el camino de la civilizacion; pero el rey de España les habia prometido su apoyo, y sin este declaraban los Padres que les seria imposible resistir por mas largo tiempo á los ataques, ya clandestinos, ya manifiestos, á que se veian expuestos: Felipe III sancionó por medio de un decreto el impulso que habia dado á estas colonias nacentes. Nombrado un comisario real para que visitase los nuevos establecimientos, después de aprobar este cuanto habian bosquejado los Jesuitas, y deseando poner á los neófitos al abrigo de las tropelias, promulgó varias ordenanzas, otorgando cuanta latitud era dable á los misioneros. La ventura que disfrutaban estas colonias no pudo menos de tentar á otras tribus del Guaira, hostiles á los españoles, porque estos les arrebatában sus hijos y mujeres para esclavizarlos, y solicitaron el Bautismo. Los PP. Lorenzana y Francisco San Marino se encaminaron hácia ellos, aunque no encontraron los corazones tan bien dispuestos como los ánimos. Reducianse sus demandas á que se les eximiese de la contribucion de sangre, á que les condenaba la codicia: y como el sentimiento cristiano no se desarrollaba en sus corazones con tanta energia como el amor á la independencia, después de pasado un año en las humillaciones y en los trabajos, pudo Lorenzana esperar al fin

que si no en aquella ocasion , mas en adelante quizás se mostrarian dóciles á sus lecciones.

Los Padres se colocaban espontáneamente entre dos peligros : por un lado tenian á los españoles que recelaban su ascendiente sobre los salvajes ; por otro los mismos salvajes , los que descubriendo la huella de los europeos en el interior de las selvas , podian entregarse con ellos á mas terribles excesos. Luego que los españoles ejercian algun acto de violencia contra alguna tribu , y esta apelaba á las armas para vengarse de algun raptó , encargaban la negociacion de la paz á los misioneros : los misioneros atravesaban los rios y desiertos , ascendian á la cumbre de las montañas , y presentándose en medio de aquellas hordas errantes , á quienes la desesperacion ó la embriaguez del triunfo de un momento comunicaban nueva ferocidad , arrostraban los recelos de que eran objeto ; encontraban en sus labios palabras de vida para lisonjear la vanidad de los indios ; é insinuándose poco á poco en su confianza , llegaban á dominarlos sin temor á sus flechas ó á sus venenos. Lo primero que hacian los españoles era degollar á los caciques con el objeto de sojuzgarlos ; y estos debieron ser los primeros en solicitar la intervencion de los Jesuitas , quienes ; á mas de respetar su autoridad , colocaban bajo la salvaguardia del Monarca su vida amenazada de continuo. Así es que después que los Padres se hubieron convencido de la posicion en que se les habia colocado , al paso que se servian de estos jefes de hordas como de otros tantos protectores , ponian todo su conato en catequizarlos , seguros de que no podia menos de ser ventajoso el ejemplo procedente de tan alto.

D. Francisco de Alfaro , que á la sazón se hallaba en el Tucuman en calidad de comisario , en nombre de Felipe III , con poderes ilimitados , declaró por medio de un bando que los Guaranis y Guaycurus no estaban sujetos á la esclavitud ; aboliendo en favor suyo el servicio personal. Los europeos creyeron desde luego que los Jesuitas eran los autores de esta pragmática , y deseando volverles guerra por guerra , les obligaron á salir sin demora de la Asuncion ; mas , como se hacia casi imposible el poder pasarse mucho tiempo sin su auxilio , en el momento en que esta ciudad los expulsaba de su recinto , los ciudadanos de la de Santiago los llamaban á sus muros , y les fundaban un colegio destinado á la educacion de la juventud. Los Guaranis solo habian in-

tentado en un principio sustraerse á la esclavitud , haciéndose de los Jesuitas un antemural que protegiese su libertad , y esta misma esperanza habia atraido á muchos otros ; pero en estas colonias no se amoldaban á los preceptos del Evangelio , ni aun á las obligaciones de la ley natural.

Feroces como antes , caprichosos é invenciblemente adictos á sus supersticiones , escuchaban la voz del Jesuita con apatia ó desconfianza ; y , cuando instados á renunciar á sus costumbres vagabundas , no tenian razones que alegar , desaparecian en su mayor parte introduciéndose de nuevo en sus bosques y montañas , y prefiriendo una libertad precaria á los tranquilos goces de la civilizacion cristiana. Otras veces , arrebatados por su crueldad instintiva , y concibiendo sospechas culpables , se insurreccionaban contra los misioneros , que con el objeto de garantirlos de los insultos exteriores , se exponian en el interior de las residencias á todos los ultrajes. Pero esta vida de tribulaciones á que se condenaban los Jesuitas en favor suyo , solo hacia en sus almas una impresion pasajera : contentábanse con admirar su caridad siempre activa , pero preferian evadirse de ella ; y como el derecho de ser libres solo era á sus ojos sinónimo del de guerrear con sus vecinos y vivir á sus anchuras , se aprovechaban de todos los acontecimientos para volver á su vida errante.

Luego que se echaba de ver la desercion , salian los Jesuitas en busca de los prófugos : escoltados de los neófitos mas antiguos , se lanzaban á través de aquellas inmensas llanuras , sin alimentarse en estas arriesgadas excursiones mas que de frutas silvestres ó raíces amarguísimas. Bajo los rayos de un sol abrasador ó bajo una lluvia continua , caminaban sin tregua ni reposo , arrojando el furor de los tigres , ó la mordedura de las serpientes , pasando los rios á nado , ó ascendiendo á las rocas mas escarpadas. Como para abrirse un camino era indispensable algunas veces que el hacha derribase los árboles , y se les resistia á los guias del misionero el trabajo , mucho mas cuando se veian precisados á detener su marcha ante los indios que huian ó lanzaban flechas , desertaban estos á su vez , abandonando á las torturas del hambre y del insomnio al mismo que impulsado por la caridad se sacrificaba por ellos. Estas penalidades de cada dia , agregadas á la expectativa de una muerte inevitable , no eran suficientes á alterar la serenidad del misionero : solo ó acompañado de algunos

fieles, continuaba investigando las grutas mas inaccesibles; y cuando, abrumado por la fatiga, ó cubierto de úlceras, que emponzoñaban á cada paso las picaduras de los mosquitos, tenia la suerte de encontrar el vestigio de algunos de sus desertores, olvidando todos sus padecimientos, entonaba el himno de la victoria, y los conducia al aprisco.

Esta lucha contra la necesidad de feroz independencia que aquejaba á los bárbaros, y que arrastraba tras sí enfermedades de toda especie, no bastaba á desanimar á ningun discípulo de Ignacio. No ignoraban que su destino se reducía tal vez á perecer miserablemente en aquellas madrigueras; pero no por eso abandonaban su puesto: y cuando en 1614 llegó á aquellas costas el P. Antonio Ruiz de Montoya, uno de los hombres mas ilustrados de su siglo, con el objeto de compartir las fatigas de Maceta y Cataldino, contaba la provincia del Paraguay ciento diez y nueve colaboradores. Pasados dos años, se diseminaron por el Guarambora, Uruguay y Paraná otros treinta y siete Jesuitas conducidos por el P. Viana. El P. Gonzalez de Santa Cruz se internaba en la mansion de los salvajes de Itapua, mientras que los PP. Moranta y Romero recorrian el país de los Guaycurus, y mientras que otros penetraban en el inmenso valle de los Algonquinos, deteniéndose de paso entre los Mahomas, y fertilizando las lagunas de Appupen. En todas partes hallaban, como en el desierto de Corrientes, indios armados de flechas y mazas, y que, con el cuerpo pintado de distintos colores, solo dejaban escapar de sus labios amenazas, ó expresiones emanadas de un estúpido orgullo. El P. Gonzalez subia el Paraná, cuando se encontró con una tribu nómada, cuyo jefe, levantándose á vista del Misionero, exclamó: «Sabe que ningun europeo ha pisado hasta ahora la yerba de esta ribera, sin haberla bañado con su sangre. Tú vienes á anunciarnos un nuevo Dios, y por consiguiente me declaras la guerra; porque aquí solo yo tengo el derecho á ser adorado.»

Sin intimidarse el Jesuita, contesta con energía á la altivez del salvaje, explica las intenciones de que se halla animado, y á favor de su intrepidez y su dulzura, pudo continuar su viaje acompañado de toda esta tribu, cuya conquista habia hecho.

Prescindiendo de las reducciones establecidas ya en el Guaira, colonias que los Jesuitas habian disciplinado con gran dificultad, merced á la inestabilidad natural de los indios, no se present-

aba la cosecha bajo un punto de vista halagüeño. Amenazábales do quiera un peligro, sin que hubiese una seguridad de que pudiese recompensarle jamás un triunfo verdadero; y como los Jesuitas, por otro lado, eran únicamente aceptados como un baluarte contra las tropelías de los españoles, para evitar el terror que pudiera inspirar este nombre, se veían precisados á comunicar lo menos posible con los europeos. El gobernador del Paraguay, D. Arias Saavedra, habia manifestado muchas veces al P. Gonzalez el deseo de visitar estas residencias; mas el Jesuita le habia disuadido de este proyecto, que no podia menos de excitar nuevas sospechas en los ánimos de los Guaranis. La curiosidad pudo mas en él que la prudencia; y entrando á la cabeza de un batallon en aquellos asilos, que el odio al nombre español habia poblado, se presentó en ellos como amigo, como cristiano y como delegado del Rey católico. Acogieronle con respeto los naturales; pero luego que vieron á los soldados, los Guaranis, que aun no habian abrazado el cristianismo, resolvieron interceptar el paso del rio y apoderarse de la persona del Gobernador. La conspiracion iba á tener efecto, cuando lanzándose el Jesuita, que no habia querido separarse del funcionario, en medio de aquellas hordas sedientas de sangre y de venganza, y emboscadas en una pendiente, y hablándolas con aquel tono de confianza tan natural en los misioneros, después de hacerlas deponer las armas, condujo á Tabasambé, su jefe, á la presencia del Virey.

Precisó era que los Padres hubiesen dispuesto muy de antemano el corazon de aquellos bárbaros para ejercer sobre ellos un influjo tan poderoso. Pero antes de referir sus prodigiosos efectos, será del caso remontarnos á su origen, y estudiar en detalle este singular gobierno, especie de égloga político-religiosa que ha encontrado Teócritos y Virgilio en todos los historiadores, filósofos, y aun en los mismos escépticos. Las instituciones sancionadas por los Jesuitas y confiadas á los salvajes del Paraguay, han confundido en un mismo elogio al escritor religioso Muratori y al profano Voltaire, á este hombre que enseñaba á burlarse de todas las virtudes. Este país de las misiones, del que, segun las palabras de este último, «han sido á la vez fundadores, legisladores, pontífices y soberanos,» ha llamado por mucho tiempo la atencion del mundo entero: el mismo Raynal, ese sacerdote que

¹ *Ensayo sobre las costumbres.*

tantas blasfemias ha proferido contra el catolicismo, no ha podido menos de expresar, en su *Historia de las Indias*, el respetuoso sentimiento de admiracion de que estaba animado. « Cuando salieron « de manos de los Jesuitas en 1768, dice ¹, las misiones del Paraguay habian llegado al mas alto punto de civilizacion á que « se pueden conducir las naciones nuevas, y muy superior sin « duda á quanto se conocia á la sazón en lo restante del Nuevo « Mundo. En este país se observaban las leyes; reinaba una política admirable; las costumbres habian llegado al apogeo de su « pureza; una venturosa fraternidad enlazaba los corazones; habíanse perfeccionado las artes de la primera necesidad, y aun « las de lujo, y la abundancia era general, etc. »

Dedúcese de aquí, que aun sus mismos adversarios y enemigos declarados del cristianismo, se han visto precisados á confesar que los Jesuitas llegaron á realizar la utopía, que tantos socialistas visionarios solo han podido desarrollar en sus escritos: veamos ahora los expedientes á que recurrieron para obtener este resultado.

Alarmados los misioneros al ver que los indios eran de una inteligencia tan limitada, que no llegaban á comprender sino lo que estaba al alcance de sus sentidos, después de interrogarse si podrían admitirlos á la participacion de los Sacramentos, consultaron sobre este punto á los obispos del Perú, congregados en Lima, quienes decidieron unánimes que, á excepcion del Bautismo, no se debía pasar á conferirles otro sino con muchas precauciones. No por eso desmayaron los Padres. Después de amoldarse á la comprension de sus catecúmenos, los fueron guiando como por grados, á la manera que una madre atenta y cariñosa vigila los primeros movimientos de un hijo enfermizo; y estudiando con detencion aquella organizacion viciosa, aquel carácter sanguinario y aquel apego á la independencia, tan naturales en ellos, llegaron á convencerse de que aun habia en ellos elementos de vida. Es verdad que las pasiones degeneradas, y los instintos sanguinarios, habian casi sofocado el gérmen de la razon; pero este mismo gérmen parecia aun susceptible de producir. Los indios, que todo lo habian perdido en el naufragio de su inteligencia, conservaban aun una especie de talento para imitar las cosas que

¹ *Historia política y filosófica de las Indias*, tomo II, página 289. (Ginebra, 1780).

llamaban su atencion: incapaces de inventar; pero sabian imitar con prontitud el modelo que se les ponía delante.

En tanto que unos misioneros justificaban esta cualidad, sondeando otros la corriente de los rios, advirtieron en los salvajes un gesto musical innato en sus almas, y del que era fácil sacar partido. Observaron que cuando cantaban las alabanzas divinas, acompañaban sus piraguas los indios con un indecible sentimiento de placer, y se esforzaban á asociar con ellos sus voces. Esta observacion no fue perdida: descendieron los Jesuitas á tierra, se mezclaron con los grupos; y tratando estos Orfeos del cristianismo de hacerles comprender el sentido misterioso de los cánticos, después que llegaban á conseguirlo, proseguian su viaje, continuando en esta dulce armonía, y escoltados por los naturales de ambas riberas, hasta pisar llenos de júbilo la entrada de las reducciones.

Por estos y otros medios empezaron á reclutar los Padres sus primeros neófitos; y cuando hubieron favorecido el impulso de estas inclinaciones, trataron de aplicarlos á los trabajos manuales. Estableciéronse numerosos talleres, á cuya cabeza colocaban un hermano coadjutor, y en los que se enseñaban todos los oficios. Dejaban al indio, como se hace con un niño, el cuidado de elegir la profesion á que mas se inclinaba; quién se improvisaba relojero, quién escultor, mientras que este elegía el oficio de cerajero, y aquel el de tejedor. Habia plateros, mecánicos, herreros, carpinteros, pintores, albañiles y doradores. Trataron tambien de amaestrarlos en el arte de cultivar la tierra: este trabajo, es verdad, no halagaba tanto su fantasía; pero como no tenian otros recursos para proporcionar la subsistencia á esta reunion de hombres, no se desalentaron los Jesuitas. Veian que los neófitos no eran apasionados por la agricultura, y queriendo iniciarles en los secretos de la tierra, se pusieron ellos mismos á conducir el arado, y á manejar el azadon, á sembrar y recoger las cosechas. Con el auxilio de los Guaranis edificaron iglesias y casas, trazaron caminos, y procuraron que estas familias tuviesen la mayor comodidad posible.

Metodizados ya los trabajos de los hombres, se pensó en ocuparse de las mujeres, á quienes distribuian todos los lunes cierta cantidad de lana y algodón, que ellas hilaban y presentaban los sábados. Para hacerles adoptar el sistema de colonizacion á que

sojuzgaban su independencia, habian sabido los Jesuitas inspirarles nuevas necesidades. Con el amor á la Religion, habian adquirido el de la familia. Si no todos comprendian este doble beneficio, la segunda generacion, instruida desde la cuna, no podia mostrarse rebelde, y en un tiempo dado, llegaria la civilizacion mamada con la leche á hacerse en ellos una segunda naturaleza.

Mas, no bastando las nuevas colonias á contener tanto número de individuos, porque el país no producía lo necesario, idearon sacar partido de la yerba del Paraguay, conocida bajo el nombre de *Carmini*, especie de té muy en boga en la América meridional, y que era un preservativo contra casi todas las enfermedades. Los Jesuitas hicieron traer plantel del canton de Maracayo; y lo cultivaron en las colonias, como una riqueza que aseguraba el comercio á los indígenas. Les enseñaron á recoger en las selvas la cera y miel, géneros que servian á las transacciones, y cuya venta acarrearaba la abundancia y el bienestar. No juzgaron prudente autorizar á los neófitos para que tratasen directamente con los extranjeros. Con el objeto de que no existiese punto alguno de contacto entre ellos y los españoles, después de prohibirles el idioma castellano, se contentaron con enseñarles á leer y escribir en él. Semejantes precauciones no podian menos de ofender la susceptibilidad europea; á pesar de que D. Antonio de Ulloa, comisionado, en union de La Condamine, Goudin y Bouguer, para determinar la figura del globo, prueba esta necesidad y dice: «La perseverancia de los Jesuitas en prohibir que ningun español mestizo ó indiano entrase en las colonias, ha suministrado materia á muchas calumnias. Sin embargo, las razones que han tenido para obrar de este modo son aprobadas por todos los hombres sensatos. Lo cierto es, que á no haber obrado así, sus neófitos, que ahora viven en la mayor inocencia, mostrando una perfecta docilidad; que no reconocen mas soberano que á Dios en el cielo y al rey en la tierra; que se hallan persuadidos de que sus pastores no les enseñan otra cosa mas que lo bueno y lo verdadero; que no conocen la venganza, la injusticia ni ninguna de las demás pasiones que devastan la tierra, dejarían bien pronto de ser reconocidos¹.»

Dos Jesuitas gobernaban una aldea, el mas antiguo con las atri-

¹ *Relacion del viaje á la América meridional*, lib. I, cap. XV.

buciones de cura, y el mas moderno en calidad de vicario. La jerarquía, perfectamente establecida entre los jefes, lo estaba igualmente entre los súbditos: dirigianla por medio de la confianza, y después de metodizar las horas del trabajo, del reposo y de la oracion, los seguian á los campos, á la iglesia, y aun hasta los juegos que inventaban para ocupar sus ocios, ó comunicar á sus cuerpos la agilidad y el vigor; siendo en un todo el Jesuita la sombra del salvaje; pero los andadores con que, por decirlo así, les dirigia, desaparecieron á impulso del interés que les manifestaban los Padres, y bajo el expansivo afecto con que les rodeaban los indios. En el origen de las colonias, cuando la ley no era todavía uniforme, nadie poseia en propiedad. Antes de abandonarlos á sí mismos, los misioneros, que conocian la imprevisión é indolencia de sus catecúmenos, no creyendo oportuno concederles la administracion de sus bienes, distribuian semanalmente á las familias lo que bastaba para su sustento, y las proveian de los vestidos necesarios en cada estacion. Mas luego que con la educacion nacieron en sus almas las ideas de orden y economía, empezaban por confiarles una porcion de terreno, y mas adelante los hacian propietarios, con el objeto de inspirarles adhesion al suelo patrio. Poseedoras cada una de las reducciones, y aun cada parroquia, de su porcion de terreno, depositaban los frutos y granos que pertenecian á la comunidad en graneros inmensos, con el objeto de que sirviesen para las necesidades imprevistas, y para socorrer á las viudas, huérfanos, caciques y demás empleados, así como para proveer á la subsistencia de los enfermos, incapaces de procurársela por su propia mano.

Rodeados de enemigos, que de cuando en cuando venian á perturbar esta venturosa situacion, importaba no entregar sus indefensos neófitos á los ataques de los españoles y de los salvajes. Persuadidos de esto los Jesuitas, el Rey católico autorizó á los moradores de las colonias cristianas para que pudiesen usar armas de fuego, y en todas las misiones construidas bajo un mismo plan habia un arsenal, donde depositaron todas las municiones de guerra. Formáronse en cada poblacion dos compañías de milicianos, á quienes sus jefes adiestraban en el manejo de las armas y demás evoluciones. Los infantes, á mas de la espada y el fusil, se servian de la macana, el arco y la honda, marchando los jinetes al combate provistos de su sable, lanza y mosquete. Ellos mismos